

Cortar de Tajo el Nudo Gordiano

- ★ Los Duros, Grupo con Mente de Bunker y Represivos
- ★ Se Acabó Vivir del Capital Político de la Revolución
- ★ Reformistas Moderados y Dinosaurios Conservadores
- ★ Molesta a la Mayoría de EU la Fuerza del Cardenismo

LORENZO MEYER

Se ha dicho que hoy por hoy los medios masivos de difusión estadounidenses no han prestado mucha atención al proceso de cambio político que está ocurriendo al sur de su frontera. Eso es verdad; pero no nos engañemos, el imperio tiene mil ojos y los profesionales estadounidenses del análisis político latinoamericano e internacional saben lo que está sucediendo y lo que está en juego en nuestro país.

En su artículo del Washington Post del 17 de agosto, Henry Kissinger informó a sus lectores que México ya había dejado atrás la etapa del "consenso secreto", y que ahora Estados Unidos debía prepararse para tratar con un México en donde la competencia política iba a ser abierta. Para el famoso internacionalista, esta situación es un hecho "probablemente" irreversible.

Ante la coincidencia en el sistema mundial de cambios en países no democráticos que apuntan hacia una mayor apertura política, y que lo mismo afectan a la Unión Soviética que a Polonia, Chile, Birmania o México, los círculos académicos de Estados Unidos están desarrollando esquemas teóricos que les ayuden a entender la naturaleza de las transiciones del totalitarismo o, como es nuestro caso, del autoritarismo al pluralismo. Mis comentarios hoy tienen como trasfondo a esta discusión.

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

Cortar de Tajo

Sigue de la primera plana

Conviene a todos, a partidarios y a enemigos del cambio, tener en cuenta que las transiciones políticas de la naturaleza de la que está emprendiéndose en México pueden fallar, pero que cuando fallan la situación no vuelve simplemente al statu quo ante, sino que desemboca en una especie de decadencia o descomposición política donde, a la larga, todos los actores salen perdiendo.

Otro punto de partida debe ser este: en países como México, en largo plazo ya no hay alternativa viable a la democracia. El modelo fascista fracasó rotundamente hace mucho, el del "socialismo real" está tan lleno de problemas y contradicciones que hoy se pretende resolverlos mediante una apertura política y económica. Sólo en ciertos países islámicos el autoritarismo con base religiosa parece poder llegar a contar con la legitimidad que necesita para ser viable. Pero en México un camino parecido al de Irán, por citar el caso más conspicuo, no sólo es imposible sino impensable. Así pues, no hay alternativa a la democracia.

En general, todo autoritarismo en el mundo occidental tiene una legitimidad precaria, al punto de que en muchas ocasiones sus dirigentes se justifican sólo como resultado de procesos transitorios o sencillamente negando que sean autoritarios, como fue y es el caso de México. A la larga, la legitimidad conseguida por esos medios se acaba por carecer de un fundamento objetivo. En México, los gobiernos posrevolucionarios pretendieron vivir del capital político acumulado por la Revolución Mexicana y de su eficacia como creadores del desarrollo económico, y sin correr el riesgo de renovar la legitimidad mediante elecciones reales. El esquema funcionó por muchos años, pero ya llegó a su límite.

La verdadera legitimidad, la duradera, hoy sólo la da el triunfo transparente en las urnas como expresión de la voluntad popular, elemento único de la soberanía.

Sin embargo, generalmente las transiciones del autoritarismo a la democracia no suelen pasar de golpe de la ilegitimidad a la legítimidad total. En la mayoría de los casos hay un periodo de transición más o menos largo, en que objetivamente no es posible saber quién es el verdadero representante del sentimiento político mayoritario porque no hay mecanismo apropiado para saberlo. Y eso es justamente lo que hoy ocurre en México. Como las elecciones del 6 de julio fueron manoseadas y ensuciadas hasta hacer imposible la transparencia, hoy nos encontramos con demandas alternativas sobre quién tiene el mandato político real: el PRI o la coalición cardenista.

En estas circunstancias, la única alternativa positiva es la construcción de una legitimidad provisional que permita el ejercicio real de la autoridad en tanto se crean y se echan a andar los mecanismos para hacer posible —por primera vez en el México moderno— elecciones reales; competidas y creíbles. La legitimidad provisional a la que me refiero es esa que consiguió por ejemplo, el Primer Ministro Suárez, en España, tras la muerte de Franco. Suárez convenció entonces a tirios y troyanos que su objetivo central era crear las bases para la transición y no el de prolongar el franquismo bajo otro nombre. Se aceptó su oferta, y la transición se logró para bien de casi todos.

Es aquí donde reside el problema mexicano de corto plazo. Los resultados de la consulta electoral del 6 de julio no fueron aceptados como válidos por un grupo muy importante de la ciudadanía; un grupo tan importante que quizá sea el mayoritario (sumemos a la oposición que registran las cifras electorales la que se quedó fuera de éstas y añadamos a una buena parte de los abstencionistas). Por otro lado, al declarar Presidente electo a Carlos Salinas, el heterogéneo grupo gobernante decidió que bien valía la pena arriesgar la estabilidad a cambio de intentar mantenerse en el poder. Aparentemente confía

el Nudo Gordiano

en que, en lo futuro, se recupere el crecimiento económico y que la población se dé por bien servida con una apertura política relativa del sistema, de tal manera que el PRI no pierda lo central: el poder Ejecutivo. Lo malo es que, en tales circunstancias, el nuevo Presidente no puede en realidad iniciar sus funciones con el manto de la legitimidad que le es indispensable para ser eficiente.

Por definición, ya le es imposible contar con la legitimidad sustantiva, por ser producto de un sistema que ya la perdió, pero tampoco con la provisional, a la Suárez, por insistir, en contra de la realidad, que las elecciones pasadas no fueron un mandato para cambiar el sistema, sino apenas uno para disminuir el peso del PRI, haciéndolo pasar de partido "casi único" a seitis dominante. Hace seis años tal admisión hubiera sido vista como revolucionaria, pero ahora resulta insuficiente para aceptar de entrada al salinismo como la vía mexicana a la democracia real, o sea, a la que admite la posibilidad de entregar el poder a sus enemigos si lo pierde en una contienda electoral limpia.

La oposición, por su parte, tiene hoy a su favor no sólo el desprestigio del gobierno y su partido, sino la legitimidad de los que luchan contra un régimen cauduco y corrupto. Sin embargo, tampoco puede demostrar fuera de toda duda que es ella la depositaria de la confianza de la mayoría de los ciudadanos porque el manoseo del proceso electoral lo impide. En este contexto, es una lástima que el senador Porfirio Muñoz Ledo dejara pasar la oportunidad de poner a prueba en su caso la bondad del método propuesto: por la oposición para "limpiar" parcialmente los resultados electorales: abrir los paquetes de boletos.

Como bien lo señala el profesor Juan Linz, de la Universidad de Yale, el meollo del problema de cómo lograr la transición mexicana pacífica del autoritarismo al pluripartidismo real, se halla justamente en la institución que tanta esta-

bilidad le dio a ese autoritarismo en lo pasado: la presidencia. Si México tuviera ahora un sistema parlamentario, la negociación entre el PRI y su oposición podría producirse dentro de un marco más flexible, uno que no significara de entrada el cambio total sino la transición gradual mediante un gobierno de coalición que preparara el campo para nuevas elecciones en un futuro no muy lejano, y con una ley electoral donde fuera posible una relativa imparcialidad.

En vista de que en México no disponemos de la flexibilidad que da el parlamentarismo, es urgente encontrar alguna alternativa que permita al gobierno contar, al menos, con la legitimidad provisional. Desde luego que una posibilidad hubiera sido la de nombrar un presidente interino que convocara a nuevas elecciones, pero sin la aceptación del PRI, tal posibilidad de cortar de tajo el nudo gordiano en que nos metieron las elecciones del 6 de julio, sólo quedó en el reino de la teoría. El único camino abierto ahora es que el PRI aproveche la serie de elecciones locales para demostrar su aceptación parcial del cambio democrático —es decir, que a Gobernación no se le vuelva a "caer" el sistema en Jalisco, Tabasco, etcétera—, y que el presidencialismo acepte dar al Congreso pluripartidista el papel de un sitio donde puede haber algo más que intercambio de insultos. No estoy seguro de que el PRI —donde ahora luchan los reformistas moderados con los dinosaurios conservadores— pueda andar por el sendero que acabo de describir o por otro parecido, pero hay que insistir en que a la larga no es viable intentar sólo la modernización del autoritarismo sino que la meta debe ser su desmantelamiento, pues de lo contrario la estabilidad mexicana no estará garantizada.

En todo proceso de transición del autoritarismo a la democracia el grupo autoritario se divide en dos: los duros y los blandos, y México no parece ser la excepción a esta regla. Por un lado está el grupo

de la mentalidad de bunker; es decir, los que no quieren conceder nada y, en cambio, prefieren llegar a la represión para conservarlo todo. En nuestro caso el mejor ejemplo de esta posición es Fidel Velázquez y todo el liderazgo del sector obrero organizado, más otros líderes de agrupaciones priistas que se han beneficiado del corporativismo del pasado y desde luego, algunos de los grandes empresarios. Por el otro lado están aquellos priistas que desean negociar con las nuevas fuerzas opositoras, por estar conscientes del apoyo masivo de éstas, y de que el tiempo histórico del autoritarismo se ha acabado, o casi. Estoy demasiado lejos de México para identificar por nombres a los voceros de este grupo y evaluar su importancia, pero no me cabe la menor duda de que existe. En cualquier caso, de esta lucha interna del autoritarismo va a depender en buena medida el éxito o el fracaso de la transición mexicana del autoritarismo a la democracia.

Hay aún muchas cosas más que discutir pero el espacio se acaba. Deseo concluir con una consideración en torno del ambiente internacional en que se desarrolla hoy el drama mexicano. A la mayoría de quienes en Estados Unidos se interesan por México —funcionarios gubernamentales, dirigentes empresariales, periodistas, académicos— no les agrada que la principal fuerza opositora sea el cardenismo; es decir, la izquierda. Sin embargo, no es mucho lo que por hoy están dispuestos a hacer para sacar a ese actor del escenario. En términos generales, el ambiente internacional es ahora relativamente favorable para aquellas fuerzas que desean transformar a sus sociedades por el camino del pluralismo y la democracia. Mientras el cardenismo mantenga su fidelidad a la línea democrática, el entorno internacional puede serle menos hostil que el PRI, lo cual es un elemento favorable al esfuerzo mexicano por transformar pacíficamente su estructura de poder.